

Journal of Management Studies, 36(7), 809–826
© Blackwell Publishing Ltd. 2003

(II) notas de prensa

sobre *Tránsito de fuego*

Este primer libro de la joven poetisa uruguaya, corresponde seguramente al comienzo de un claro destino, al que no es difícil vaticinar una superación consagratoria.

*Yo no sé de cenizas, sé de fuego
No me conforman formas contraídas
No sé tocar el frío, no lo puedo
Ni sé vivir así, desposeída.*

Así inicia Nancy Bacelo la primera sección de las tres que componen su libro, titulada "Por la llama y la sombra", una sucesión de versos en decasílabos muy puros, que definen con sugestiva fuerza el mundo de una juventud abrasadora, siempre en lucha el tiempo transitorio *sombras y manchas que acumulo, quemo con aquel otro, su eco, el tiempo metafísico:*

*Caliente vino se me viene encima
Uva de vientre azul, sangre terrible
Que sube por mi cuerpo noche arriba
Y me deja en la hora insostenible.
Vino sin voz entrando por mis huesos,
Lamiendo lento la azulada vena,
Llega hasta mí con su afiebrado peso
Y ya no siento ni siquiera pena.*

La siguiente sección "Por la llama y el aire", a nuestro juicio la menos lograda, incluye versos cortos a manera de canción y si bien hay aciertos parciales de frescura se advierten facilidades de solución y algún apresuramiento.

En su favor, podemos alegar que se han evitado los lugares comunes, y no parecen emparentarse estas canciones muy de cerca con sus mayores las españolas, como suele suceder comúnmente.

En la tercera y última sección "Por la llama y la tierra", el verso se abre, el amor aparece como tema predominante y se retoma la línea del canto y la angustia de "Por la llama y la sombra" pero purificándolos,

identificando al destino como el amor a la vida en la tierra con aquel a quien ama:

Amor mi amor cuando viniste
cuando tú llegaste
yo no sé amor qué luna había.
No sé qué viento dulce y largo
amontonó de mieses los bolsillos.
Yo no sé tampoco
si hubo noche esa noche
y si hubo día.
Sólo sé que tu rama de fuego
prendió al mundo
que pelearon la tierra y los maizales
que la lengua en la llama
puso bocas y ríos y montañas.
Que sacudiste, amor, el mundo
y un rayo de luz azul
partiendo de norte a sur lo inanimado
encandiló la luna de tu forma.

Sin datos de autor ni fuente.

Sobre *Tránsito de fuego*

Y cuando en alguna de esas magníficas noches que usted disfruta, quiera leer a los amigos de su gratísima peña versos con sabor de égloga, tome entre sus manos *Tránsito de fuego* de Nancy Bacelo y recorra, sin apuro, con deleite, página tras página. Sentirá un raro placer, como si esos versos contuvieran algo más que el atractivo de su ritmo y de su musicalidad interior. Sentirá en la boca y en la piel, una sensación dis-

tinta, por cuanto, en verdad, esta poesía tiene mucho de distinta en su forma de expresión y en su contenido.

Salomón Wapnir. "Hermanos de América", en: diario *Amanecer*, Sección Amanecer en las Letras, Buenos Aires, 20 de julio de 1957.

Sobre *Cantares*

Con una gran transparencia y sencillez —la difícil sencillez— salieron a la luz del día estos poemas de Nancy Bacelo. Se encontraban precedidos por otros libros, *Tránsito de fuego*, poesía 1956, y *Círculo nocturno*, poesía 1959. Recientemente, además sabemos que obtuvo el primer Premio del Concurso de poesía de las Jornadas de Piriápolis. Con todos estos antecedentes, podemos decir que no nos encontramos en puridad frente a una principiante de letras. Es decir, que cabe exigir de ella, determinadas cualidades, una mayor responsabilidad que la que se pide al poeta primario.

Nancy Bacelo, cumple con estos requisitos. Su poesía es bellamente expresada. Sus temas los eternos temas de nuestra poesía, están expuestos con gran claridad y diafanidad de concepción. Ha empleado el sistema poético de las pequeñas frases de poesía con cierta tendencia a una filosofía sencilla, honda y humana. A veces recuerda el haikai chino o más próximo a nosotros, aquella poesía que construyera don Antonio Machado, con la dulce fisonomía de lo cotidiano. No le es ajeno nada en su menester literario. Con la amorosa lentitud con que la naturaleza discurre sobre la tierra creando los brotes y renuevos, Nancy Bacelo, va abriendo sus poemas, hasta llegar a mayores alturas. Es un libro concebido y realizado siguiendo un plan poético de menor a mayor cuyo esfuerzo no se advierte, por la total naturalidad de los versos.

El libro en particular que comentamos, se incorpora a la literatura uruguaya con características propias. Su línea estética en general obedece a

las líneas de la poesía española moderna, separándose así de las influencias francesas y alemanas que priman generalmente en la poesía uruguaya. Es decir que Nancy Bacelo, sin proponérselo especialmente continúa con una tradición casi perdida de las letras nacionales y que deberá dar aún muchas realizaciones de importancia para nuestra poesía.

En general su libro último bien impreso, lujosamente presentado, con ilustraciones en color y una diagramación estética y bien aplicada, nos deja la sensación de que es preciso que abarque mayores ámbitos poéticos, que ingrese a una poesía trascendental, pues ha dado muestras de poseer técnicamente hablando, los elementos necesarios para decir cosas de importancia adoptando la forma que el autor prefiera. En este libro su autora entra al reducido círculo de los buenos poetas nacionales, afianzándose cada vez más en una voz original dulce y generosa.

JM. Sin fecha ni fuente.

No beneficia la poesía de Bacelo el estrecho cauce del cantar

Cuando Nancy Bacelo publicó su primer libro, *Tránsito de fuego* (1956), recurrió a tres maneras de expresión, que también podían ser consideradas como tres actitudes. La primera se concentraba en un largo poema (sesenta y seis cuartetos, en endecasílabos), hermético y sonoro, aunque demasiado estirado en su forma y por demás oscuro en su simbología. La segunda giraba alrededor del cantar o la copla, y ya admitía una más liviana aproximación por parte del lector. La tercera bajo el título "Por la llama y la tierra", se adentraba en el tema del amor, mediante poemas breves pero intensos, cada uno con un ritmo y un clima propios.

La primera manera parece haber sido abandonada por Bacelo; la segunda tiene su prolongación en *Cantares*; en cuanto a la tercera, me parece que es la que llega más cerca de su ambición poética, la que está más a tono con su sensibilidad y su talento. El segundo libro, *Círculo*

nocturno (1959), recientemente premiado en el Concurso Municipal de Literatura, representó, más que una prolongación, un perfeccionamiento de cuánto aparecía anunciado en los once títulos de "Por la llama y la tierra". Poemas como "El Universo entero", "Un puñado de ojos" o "Visión", están al nivel de la mejor poesía femenina escrita en el país.

Tanto en ese volumen como en las excelentes muestras aparecidas mas tarde en la revista *Siete poetas hispanoamericanos* (recuérdese en el No. 1 el titulado "El paso"). Bacelo parece haber encontrado el vehículo mejor para las formas de su evocación, para las peculiaridades de su lenguaje. La inspiración de Bacelo se diluye un poco en la extensión desmesurada (caso ya señalado en la primera parte de *Tránsito de fuego*) pero se asfixia a veces en la brevedad. Los poemas de *Círculo nocturno* tienen la longitud que necesitan para construirse un clima, para respirar y realizarse. Esta poetisa precisa un cierto espacio para llegar a su metáfora, a su verso de efecto, a su estallido. En *Círculo nocturno* disponía de ese espacio y lo aprovechaba.

El Tema la Extensión

Cantares es el más reciente libro de Bacelo primorosamente impreso (con carátula de José. P. Costigliolo e ilustraciones de Carlos Carvalho) en tipos Bodoni, consta de 109 cantares, agrupados en tres series: "Cantares de Amor", "Cantares humanos" y "Cantares en el tiempo". En *Cantares* el lenguaje gira, como en los libros anteriores alrededor de algunas palabras y conceptos (ojos, llama, submarino, hermano, soledad) a los cuales regresa constantemente el poeta para agregarles nuevos significados, para reinscribirlos en breves y recurrentes alegorías. Los temas de *Cantares* son, por otra parte los mismos que Bacelo acometiera con anterioridad y siempre están cercanos a amargas variantes del erotismo. Sin embargo no creo que la intención previa de limitar su ardorosa inspiración al estrecho andarivel del cantar, haya en definitiva beneficiado a esta poesía. No son muchos los cantares (a lo sumo seis o siete, en más de un centenar) en que el tema se acomoda a la extensión puesto que la forma adoptada ya no permitía amoldar la extensión al tema. En su mayor parte, parecen comienzos de poemas, atisbos para más amplios desarrollos. Muchos de los versos iniciales en los poemas de *Círculo nocturno* parecían prosaicos; luego, al llegar a su punto de ebullición ésta tenía un efecto retroactivo y contagiaba de expresividad al presunto prosaísmo. Pero en *Cantares* hay varios, más de los desea-

bles, que se quedan en ese prosaísmo, a pesar de la rima, a pesar del ritmo.

Naturalmente, Bacelo es lo bastante buena poetisa como para conseguir algunos cantares de evidente calidad (*No me gusta el agua quieta ni los besos que no queman/ ni la flor en la maceta; Sólo se llama faltar/ a la cita que nos dieron/ para encontrar nuestro par; Tus ojos miran al mundo/ y no tardan en saberlo/ ni un segundo*) en los que se da esa difícil síntesis de lirismo, buen humor y destello filosófico, que acaso constituya la fórmula ideal del género. Pero esa minoría resulta insuficiente, no tanto desde la perspectiva del cantar cómo en la del cantor, ya que Nancy Bacelo, después de la aparición de Idea Vilariño, Orfilia Bardsio e Ida Vitale, constituye, junto con Circe Maia, el valor más promisorio de nuestra nueva poesía femenina.

Estilo de ferviente invocación

Por su misma forma, por su concentración de efectos, el cantar está pidiendo una liviandad y hasta un matiz de travesura que no parecen adaptarse al estilo de ferviente invocación (al ser amado, al prójimo, a la noche) que trascienden las mejores muestras de la poesía de Bacelo. Por eso, a menudo se da el caso de que el trasfondo de algún cantar (*La soledad no está sola/ si a la soledad y verdad/ sumamos ola tras ola; Tragar la sed del vecino/ y darle vuelta la cara/ se llama ser asesino*) sea verdaderamente estimable y provocativo, pero que su envase resulte insuficiente y estrecho. La mayoría de los enfoques líricos de Bacelo arrastran una hondura o una conmoción o una herida, que requieren desarrollo. Su mejor poesía es una poesía con impulso; sus cantares se frenan, debido a su específica brevedad, en la mitad de ese impulso. Sólo excepcionalmente (*Cuando queremos soñar,/ por sí, nomás por volar,/ cierran la puerta y quedamos/ con el aire sin contar*) el impulso se completa, se redondea en un último viraje de ingenio o de gracia.

La extrema facilidad con que Bacelo maneja su verso, la pericia indudable con que sabe instalarse en su ritmo, la hacen riesgosamente permeable a influencias ajenas, en la segunda parte de *Tránsito de fuego*, la imaginería de Lorca y el sonido de Machado aparecían con inquietante frecuencia; en *Círculo nocturno*, la presencia de Idea Vilariño, mejor asimilada que las anteriores, hacía también esporádicas apariciones; en *Cantares*, ciertos resortes de Juan Cunha (incluso el aporte de José Hernández, que fuera señalado por algún crítico, pasa por ese filtro nacional)

saltan imprevistamente en uno que otro juego de palabras, de rimas o de metros. La originalidad de Bacelo sobrepasa la similitud con cualesquiera receptáculos líricos, pero tanto en *Círculo nocturno* como en los poemas sueltos publicados en 1960, esa originalidad daba el salto con mayor limpieza que en *Cantares*. Resumiendo: en este último libro, la poetisa no ha decrecido en su calidad o en su inspiración, pero el género elegido no parece el más apropiado como vehículo de las aptitudes creadoras, anteriormente demostradas por Bacelo.

Mario Benedetti En: diario *La Mañana*, sección:
Letras Nacionales (s/fecha).

Sobre *Cantares*

De esta poetisa recordamos su volumen de poemas que nos entregara en 1956 *Tránsito de fuego*, en el cual a pesar de algunos desaciertos, dirige ya sus pasos hacia la forma poética de ascendencia popular: el cantar.

Construidos con elementos simples que le llevan a crear esta forma, que fuera antiguamente en España la expresión popular en ritos y fiestas.

Transcurridos tres años, nos llega su segunda obra *Círculo nocturno*. Hoy con el presente volumen nos demuestra que realmente en el Cantar, Bacelo encuentra su forma de expresarse, incluso que le proporciona un inmenso placer el crearlos, pues brotan de ella con notable facilidad, lo prueba el hecho, según sus propias palabras, de llegar a escribir 25 cantares en un solo día.

En su reciente tomo reúne un centenar de ellos, que los divide en tres partes, "Cantar de amor", *No me gusta el agua quieta/ ni los besos que no queman;/ ni la flor en la maceta*; "Cantares humanos", *La mano que se te da/ con cinco dedos sumados/ es mano que ha calculado*; y "Cantares del Tiempo" *La espalda se debe dar/ caminando hacia adelante/ no caminando hacia atrás*. En todos ellos dentro de la brevedad que impone la forma se pasean la

sátira, alegrías, tristezas, incluso algunos poseen la gravedad del proverbio, pero no todos son hallazgos ni poseedores de mucho ingenio, cerrados algunos de ellos en forma apresurada. Pero en contraposición, están los que poseen una sutileza de imagen que estimula su lectura, haciendo de ello un verdadero placer, transmitiéndoles la sensación de que en Bacelo el componer *Cantares*, moviendo metros y estrofas, creando en la libertad de esta forma expresiva, se encuentra a sus anchas, dando un lugar a su libro de verdadero interés en la poesía uruguaya en los últimos años.

JCC. Sección: Hemos leído. Sin fuente y sin fecha.

Sobre *Cantares*

Dentro de la corta producción publicada de la autora, este libro marca una transformación importante. Los dos libros anteriores incidían en la poesía erótica, obediente de una tradición firme y consagrada en las letras uruguayas.

Tránsito de fuego (1956) parecía demasiado primerizo y no lograba explorar, con la suficiente intensidad que superara la confesión íntima, un tema cuyo tratamiento esbozaría mejor en *Círculo nocturno* (1959). Las circunstancias y aledaños del amor proponían a Bacelo una exaltación continua de la realidad, vista alternativamente con humor, desasosiego y alegría. Ambos cometían el error del poema extenso, de desarrollo abstracto e inspiración entrecortada; pero ambos, principalmente el primero, contenían frases y poemas breves que eran coplas. En *Cantares* elige decididamente una forma popular que se ajusta y pliega a sus mejores posibilidades. Son una centena dispuesta en tres secciones que distingue el índice: *Cantares de amor*, *Cantares humanos* y *Cantares en el tiempo*; no todos pueden ser parejos y los hay; flojos y chatos, pero muchos de ellos alcanzan la concisión sentenciosa, el destello de una metá-

fora exacta, e incluso en alguna ocasión, el espíritu de Martín Fierro. En éstos, Bacelo adquiere una voz propia y distinta en la poesía uruguaya. El libro, por otra parte, es una joya de imaginación tipográfica y una de las mejores impresiones del año.

Sin datos del autor. En: diario *El País*, Montevideo, sección: Cartelera Bibliográfica, lunes 6 de marzo 1961.

La eternidad del cantar

Una de las pocas tradiciones de la literatura uruguaya, se ha dicho, exige que la poesía erótica esté a cargo de las mujeres. No porque los hombres no la hayan frecuentado, no sólo porque nuestros poetas se han mostrado escasos y curiosamente pudorosos; sino por la carga de pasión y sinceridad, por los disfraces que le han inventado y hasta por el descaro con que nuestras mujeres han desafiado las convenciones, los buenos modales. Cuando, por ejemplo, Herrera y Reissig escribe "Epitalamio ancestral", hay mucho de juego y ganas de escandalizar con aquella "erección de símbolos varones"; hay en cambio, algo más que autenticidad en estas dos líneas de una mujer: "Así tendida soy un surco ardiente, donde puede nutrirse la simiente". Con todo lo ilegible e insoportable que sobrelleva hoy la poesía de Delmira Agustini, debe reconocerse que pocas veces hubo entre nosotros una entrega tan comprometida a lo carnal, tan a lo hondo, capaz de tantear en ella la vida y la muerte. Luego vinieron los disfraces, la virginidad estéril que se hace metafísica en María Eugenia Vaz Ferreira, la sensualidad que no se apaga en los pujos místicos de Juana de Ibarbourou, (todo sensual es un místico en potencia), el incisivo retorno material y el gesto brusco de Idea Vilariño. Debe reconocerse sin embargo, que ninguna de ellas alcanzó las profundidades de un D.H. Lawrence o un Henry Miller, aunque quienes se hallan más próximos a estos extremos son Delmira

Agustini e Idea Vilariño (en esta última, la influencia de Miller, a quien tradujo, es patente). Aun así, sobran los rasgos tendenciales para diferenciar la poesía femenina uruguaya de, pongamos por caso, la argentina tal tumultuosa como la nuestra pero más recatada.

Una tradición, pues, en la que apoyarse; un modo de ver el mundo, de insertarse en él, desde las glándulas. Aparte del aspecto biológico de la cuestión (que lo hay) al asunto daría, previa una investigación acerca de "Sexual behavior of the uruguayan female", para redondear un esbozo socio-cultural del tipo femenino uruguayo. Porque además nuestras poetisas forman un gremio, un gremio temible, como un sector de choque cultural de la clandestina República de las Mujeres. Menos hostiles entre sí de lo que los hombres sospechan con prejuicios, se leen e influyen mutuamente y hasta poseen la autoridad acatada de sus propias maestras. Poseen y sostienen, después de todo, una de las pocas tradiciones de la literatura uruguaya.

Por eso, con todo lo inexorable que tiene un rito cíclico —y luego veremos que la frase tiene sentido— todos los años se hace presente, en la mesa de todo crítico nacional una buena dosis de poemarios femeninos. Tardíos productos de una primavera anterior, del exuberante descubrimiento del amor y de los moqueantes desengaños, o de una adolescencia que se cree única e inédita, su mayoría es canasteable. Se sabe que ellas conocerán idilios más reposados (mejor si son empleados de banco), que luego vendrán los hijos y no insistirán; se sabe también que el ciclo retornará dentro de dieciocho o veinte años. Sobreviven, acaso, una metáfora, una rima bien lograda, las huellas de la copia atenta de los modelos; excepcionalmente queda un libro. En 1956 pudo ser —no llevo estadísticas— *Tránsito de fuego* de Nancy Bacelo. El libro se iniciaba con una larga secuencia de poemas que exploraban los aspectos sombríos del amor un sentimiento evidente que la autora trataba de escamotear forciéndolo hacia expresiones que no enmascararan; aunque tuviera ilustres precedentes en las envolturas gaseosas, el procedimiento no era del todo honesto. Flaqueaba el ritmo, ningún poema culminaba la serie, y todo derivaba hacia un poco inspirado lamento. La tercera parte tenía el mérito de lo concreto: el amor se llamaba allí derechamente amor y todos sabían de qué se trataba, pese al empeño en el capítulo de quejas. La parte central, la más irregular y rica, reservaba en cambio los mejores aciertos al lado de obvios errores. Bacelo se ejercitaba en el cantar, forma lírica de origen popular forma que en este siglo modernizaron Antonio

Machado, García Lorca y Alberti. Cuando Bacelo apelaba al *Verde te vi*, *Rosa verde* y al *Limonero limonal* homenajeara honestamente a Lorca; pero cuando, luego de equivocarse hablando de *un destino medio rengu y chato como un vintén*, se pronunciaba: *¿destino? Si no hay destino. Mejor tantear el camino*, estaba adquiriendo una voz original. Pese a estos arranques aislados *Tránsito de fuego* no superaba la subjetividad, el canto único de un yo ubicuo y con frecuencia molesto. Menos que una poesía erótica parecía egótica. Era un complacido canto a sí misma con una única experiencia a comunicar: el amor, un amor insistente, empantanado en esa primera persona del singular. Situado en la corriente media y anodina de la poesía erótica femenina, sólo ocasionalmente tocaba una sensualidad plena y concreta; el resto se evadía a una zona de tópico literario. Con todo, por su decoro de redacción, por las señales de un oficio que se conquistaba en buena ley, era uno de esos libros que se colocan a un costado, en reserva, para ver qué pasa.

Tres años después *Círculo nocturno* alternaba en profundidad el sesgo intimista de la poesía de Bacelo. El amor lograba ahora exaltar la realidad, aunque mas no fuese en el plano de las menciones vagas al aire, a la luz, al fuego, al agua, a todo aquello impreciso y fluyente. Como confesaba en el primer poema del volumen, la ceremonia se cumplía sin testigos humanos en un aislamiento que poco tenía de soledad compacta y fecunda. La realidad misma no sufría transformaciones de importancia: permanencia estática, esperando, meramente dispuesta. El empeño en mentar una y otra vez los objetos fuego y llama, pero nunca trasponiéndolos en metáforas y símbolos, estaban revelando a un poeta ensimismado, como ante un espejo, en las débiles mutaciones de su yo, siempre idéntico a sí mismo. La tentativa de objetividad denunciada en los cantares incluidos en *Tránsito de fuego* parecía cerrada, hasta que el último libro de Bacelo se adhiere totalmente a esa poesía que aún conserva la libertad expresiva y la frescura que se atribuyen a las formas populares. Se nota que Bacelo se siente cómoda en el cantar, que los escribe con facundia y regocijo, que le encanta experimentar con metros y estrofas en una figura que los retóricos no han conseguido codificar pero cuyas normas son la brevedad, el sentido sentencioso, el golpe metafórico, la difícil sencillez. Alegres o melancólicos, satíricos o proverbiales los cantares, cantos o coplas se llaman estos poemitas, fueron en España la voz de pueblo que los improvisaba en fiestas, en el camino, en los rituales campesinos, como una única, punzante expresión de un senti-

miento. Su concentración lírica, la intensidad de la emoción que expresaban sorprendieron a los poetas cultos del siglo pasado que, romanticismo mediante, no tardaron en adoptarlo. Yo no recuerdo adaptación más feliz que un *cantar de pandeiro* escrito por Rosalía de Castro:

*Campanas de Bastabales
cuando vos oyo tocar
mórrome de saudades.*

Los eruditos los han recogido en grandes antologías y los investigadores los han encontrado en Italia (los *rispetti* y *stravotti*), en Grecia, en Turquía, Japón (los haikai de la poesía clásica). Gerald Brenan ha esbozado la hipótesis de que los cantares son fragmentos desgajados del poema mayo (primavera en el hemisferio norte) destinado a celebrar los ritos de fecundación y los dioses vegetales. El bíblico cantar de los cantares conserva cantos nupciales judíos (las bodas se celebraban en primavera) de una cultura agrícola, en que el novio engalana a la novia. Recuérdese: *Tu vientre, como montón de trigo, cercado de lirios. Tus dos pechos, como dos cabritos...* Brenan concluye que "la copla es una forma poética antiquísima, coetánea de los ritos y supersticiones agrícolas descritas por Frazer en *The Golden Bough*. Pero adviértase que en el cantar de los cantares intervienen las mujeres en el elogio propio y alabanza del amado (*yo soy la rosa de saron, y el lirio de los valles*); con toda evidencia es un diálogo ritual, que vino del Este, con los pueblos agricultores, y funciona todavía donde los sexos están segregados. ¿Podría explicar el ergástulo femenino la sorpresiva eclosión de poesía erótica en el aldeano Montevideo de principios de siglo? Tal vez, pero da una de sus raíces ancestrales, que va de los ritos de fecundación a este libro de Bacelo. Consiente o no de tan extenso pasado, Bacelo reitera los temas y motivos, el sentido y la forma de los cantares españoles. El libro congrega algo más de un centenar de cantares agrupándolos en tres partes: *Cantares de amor, Cantares humanos, Cantares en el tiempo*. Fuera de esta división los une cierta facundia de inversión, el juego de alusiones, la fraternidad que muchos quieren imponer, el humor y la gracia. Uno tiene la gravedad de Martín Fierro:

*nadie está solo ni tiene
maldita su propia esencia,*

*el hombre sabe en que viene,
el mismo elige la ciencia*

Éste conserva la melancolía y el ritmo de Rosalía de Castro:

*Arenas arenas van
arenas arenas vienen.
Tu voz en mi voz está
tu sangre mi sangre tiene.*

Otros apelan a una solidaridad viril:

*Porque estamos
separados y desiertos
los hermanos,
es que hay sangre
y soledad
entre las manos.*

No siempre hay hallazgos y con frecuencia la inspiración decae, la copla se resuelve de cualquier modo y en general carecen de sutileza. Pero el ímpetu realista de la mayoría, la felicidad de muchas imágenes, la delicadeza de alguna situación el goce creativo que alimenta a todos, colocan a los *Cantares* de Nancy Bacelo entre lo más estimulante que ha producido la poesía uruguaya en los últimos años. Muestran también la fuente de originalidad hallada en la confluencia de una doble tradición: el erotismo femenino en nuestras letras, por un lado, y el perenne cauce de la poesía popular española por otro. Dos afluentes que en definitiva, como vimos al rastrear sus orígenes se resuelven en uno solo: la copla amatoria que entonaban las mujeres hace miles de años durante la primavera, en los ritos de fecundación. Es, como dice la misma Bacelo *la eternidad de cantar*, y por eso nos sorprende encontrarla vigente.

Rubén Cotelo. En: diario *El País*, Montevideo, sección: Reseña de libros, lunes 20 de marzo 1961.

Nancy Bacelo: Sobre *Círculo nocturno*

El segundo libro de Nancy Bacelo, todavía la muestra demasiado ligada al argumento de lo elemental, no como partida, sino como evidente apoyatura, no explotada en busca de zonas más ideales. Trabaja un rico lenguaje, a veces nerudiano, posee ritmo, pero se le descubre la "fórmula" estática de la búsqueda: salir hacia la poesía con una suma de elementos intransformados. La poesía debe padecerse. Pero dos posibilidades cierran el libro: la clarificación y el equilibrio en "la imagen", "lo inevitable", "los solos"; y un dominio de la síntesis como en el poema "visión".

Miguel Ángel Viola. En: revista *Señales*, Argentina, abril de 1961.

Un libro de Nancy Bacelo

No sé, verdaderamente, a qué generación literaria pertenece Nancy Bacelo; su primer libro de poesías: *Tránsito de fuego* es de 1956, y el libro que comentaremos en este breve ensayo: *Círculo nocturno* de 1959. Por supuesto que este problema generacional es secundario, y tendrá mayor importancia dentro de algunos lustros, cuando el intento, — más tramado que lo que la mayoría de lectores de poemas creen —, de los poetas que han publicado sus libros entre los años 50 y 60, sea analizado a la distancia y juzgado en su verdadera dimensión. Creo señalar una perogrullada al decir que se lee poca poesía.

Una pregunta interesantísima sería: ¿Cuándo ocurrió el rompimiento entre el público y la poesía? O, mejor aún: ¿Fue la poesía quien se apartó del público o viceversa? No seré yo quien conteste. Queda la interrogante, al menos.

A principios de este siglo, la llegada de un poeta de fama a nuestro país era verdaderamente un acontecimiento, piénsese en Rubén Darío, o en Amado Nervo. Aun haciendo el descargo de todo lo que pudiera ser sensacionalismo la evidencia de dichas manifestaciones públicas no puede negarse. ¿Qué ocurrió, luego del Modernismo? ¿A qué causas atribuir el aislamiento del poeta moderno? Personalmente, creo que son muchas y diversas las causas. Una de ellas sería el conflicto entre la sensibilidad del poeta y las imágenes que para él representaban el mundo, y el universo que preconiza la ciencia de los siglos XIX y, principalmente, el XX, evolutivo y lanzado a una constante superación mecánica. Pienso en las sabias reflexiones del poeta norteamericano Hart Crane en cuanto a la función de la poesía contemporánea: "Si no logra absorber a la máquina o sea aclimatarla tan natural y espontáneamente como los árboles, el ganado, los galeones, los castillos y las demás cosas asociadas a la vida humana en el pasado, la poesía habrá fracasado en su función contemporánea."

Pero el aislamiento del poeta moderno ha adoptado una forma más difícil: la de estar separado por la poesía del resto de la sociedad. No es simplemente carencia de auditorio, sería demasiado sencillo esto, ni que el poeta esté aislado de las costumbres y diversiones de su tiempo como un artista decadente de fin de siglo en su "torre de marfil". El aislamiento fundamental del poeta moderno atañe no sólo a él, sino a toda la cultura, la sensibilidad y la imaginación contemporánea, es el aislamiento de toda una sociedad en cuanto a su modo de vivir. La industrialización masiva de la sociedad, deja cada vez menos espacio para un hombre cultivado. El intelectual es un ave rara en medio de las actividades de una sociedad industrial. Y la cultura, como una flora monstruosa se ha tenido que alimentar de su propia sustancia, creando por consiguiente, sus propias satisfacciones autónomas, alejándose cada vez más de las partes esenciales de la vida orgánica de la sociedad. El problema daría para mucho más, pero detengámonos aquí. Y como una manera de sazonar la aridez del asunto, tratemos de penetrar en el mundo de una poetisa uruguaya, de caminar por el sorprendente (es una de sus condiciones primordiales).

Círculo nocturno Premio Municipal de Poesía de 1959. Veintiún poemas forman el cuerpo total del libro, y además: breves. El propio título sugiere los implacables límites de una vida en el universo, todo ello ahondado, rarificado por la presencia de la noche. La noche de la vigilia

y del amor: constantes en la temática de Bacelo. La vigilia puede ser múltiple en el poeta, y atender ya a un simple vuelo de pájaros, que la particular visión del artista carga de secretos sentidos:

<i>Pájaros negros</i>	<i>terrenos</i>
<i>se dirían</i>	<i>como volando en cielos</i>
<i>inaccesibles pájaros</i>	<i>nocturnales...</i>

La vigilia del amor poderoso, que levantará el mundo caído y fraudulento, renovándose, centuplicándose, avasallador y hermoso:

Un puñado de ojos

<i>Si andando</i>	<i>tu amor mío</i>
<i>te dijera</i>	<i>lo sé levantarías</i>
<i>que el aire está vendido</i>	<i>un puñado de ojos</i>
<i>que lo compran</i>	<i>de tus ojos</i>
<i>por cuarenta monedas</i>	<i>una gota de fuego</i>
<i>de colores</i>	<i>de mi fuego</i>
<i>que lo rifan</i>	<i>y construirías</i>
<i>en la calle</i>	<i>un aire sin voces</i>
<i>en las casas</i>	<i>un aire nuevo</i>
<i>en el suelo</i>	<i>cantado para mí</i>
<i>que no tiene</i>	<i>sin casillero</i>
<i>aquel redondelito</i>	<i>repleto de tu luz</i>
<i>de burbujas</i>	<i>y de tu forma</i>
<i>que está solo</i>	<i>y tibio</i>
<i>que no canta</i>	<i>y nuevo</i>
<i>ni llora</i>	<i>y submarino.</i>
<i>que se muere</i>	

El esfuerzo por comprender, por intuir a punta de poesía, no sólo los límites comarcanos, sino el universo todo, lleva a la artista a preguntas de imposibles o secretas respuestas:

<i>tocar la noche,</i>	<i>entre las manos</i>
<i>desprenderse de lo poco que queda</i>	<i>¿es posible acaso conseguirlo?</i>

Y la mejor, acaso, de todas sus vigilias: la fraternidad, la ternura hacia los caídos, los débiles, los olvidados, que, sin desnivel de melodrama, o de panfleto, susurra, insistentemente, al corazón más al oído del hombre las amargas preguntas de

Los solos

<i>¿Son los olvidados</i>	<i>de un vientre primitivo</i>
<i>los que esperan</i>	<i>vacío por las noches</i>
<i>con las manos cruzadas</i>	<i>y cubierto de frío</i>
<i>sobre el pecho</i>	<i>en las mañanas?</i>
<i>y no reciben luz</i>	<i>Nadie contesta.</i>
<i>y quedan ciegos?</i>	<i>En un camino largo.</i>
<i>¿Son la suma</i>	

Este trabajo no pretendió elucidar todo el bello y sombrío mundo de *Circulo nocturno*, solamente levantó —ligeramente— los visillos, para entrever algunas de sus calidades emotivas, su modernismo son— que simula balbuceo— como una forma de señalar, con infantil denuedo: las llagas abiertas en el costado hermoso de la vida.

Washington Benavides. En: diario *Claridad* Nº 180, sección: Literarias, Tacuarembó, Uruguay, viernes 11 de agosto, 1961.

Contenido y continente

Hace casi dos años (ver R. de L., 20.III.61) debió saludarse aquí la presencia de una nueva voz en la poesía femenina uruguaya, la de Nancy Bacelo. En la reseña de sus *Cantares* (1960) se repasaron también los antecedentes de la poetisa en sus libros *Tránsito de fuego* (1956) y *Círculo nocturno* (1959), para mostrar lo que en ese momento parecía la elogiada

conquista de una especie de realismo, partiendo de los términos del subjetivismo más vago y ególatra. En ese sentido, el reciente *Cielo solo* marca un retroceso que cabe lamentar por su insistencia en un camino errado. La poetisa prueba transcribir sus estados de ánimo en un lenguaje excesivamente vaporoso, sin lograr objetivarse, sin tocar puntos de referencia para comunicarse con su lector que se ve obligado a perseguirla por subjetividades que no lo comprometen y que además no le conceden ni una metáfora memorable. Aparte de errado, el camino de Bacelo es fácil y cualquiera se da cuenta que poemas como éstos podrían multiplicarse indefinidamente, acortarse o alargarse, porque en verdad carecen de estructura interna que los arme. Por otra parte, el subjetivismo extremo en el que están embarcados se justificaría por la presencia de un alma intensa y de un pensamiento denso, filosófico casi, que los conduzca. Los poemas de *Cielo solo* no revelan tales fundamentos, y cuando ellos no existen, la intuición, por femenina que sea, no basta para colmar el vacío.

Pero si los poemas son discutibles, el libro, desde el punto de vista gráfico, es una belleza. Los poemas han sido manuscritos por José Pedro Costigliolo e impresos en offset sobre papel pluma y la carátula es de Antonio Frasconi. Por su calidad plástica, por su imaginación artesanal, *Cielo solo* es uno de los mejores objetos que han emitido las prensas nacionales durante el año pasado. Desde sus *Cantares* se sabe que Bacelo es la poetisa uruguaya que mayor atención dedica a la presentación editorial de sus producciones. De ahora en adelante deberá adecuar el contenido con el continente, porque en definitiva es aquello lo que importa a la literatura.

Sin datos del autor, fuente ni fecha.

Sobre *Cielo solo*

Un acento humano, desnudo hasta el hueso, preside *Cielo solo* que por segunda vez recibe la honrosa distinción de un premio (en este caso el Primero) del Certamen Municipal de 1962.

La poesía de Nancy trasunta una fuerza emocional y la vehemencia a veces trágica de su ego. Pero el lirismo que empapa el libro, todo él substancioso y profundo, nunca evade al creador del mundo.

Sin proponérselo el sujeto, se relaciona aun en lo más desesperanzado del canto, con la totalidad o simplemente con el recipiente humano para el diálogo.

Decía cierto crítico que el nuevo arte aconseja al poeta a desembarazarse con entereza del hermetismo de fondo y forma, asignando así a la poesía un papel trascendente. Y en todo caso, la vocación, el deseo humilde y la difícil empresa de ayudar al hombre a sortear animosamente la vida y a comprenderla.

Sin sondeo metafísico, la poesía de Nancy, por su fuerza y hondura, aun cantando o lamentando estados particulares suyos, manejando sustancialmente el verbo y quitándose todo atavío, es poesía de comunicación. Es poesía que habla, y en un sistema de vasos comunicantes, eleva, promueve en categoría al lector.

Límpido estilo, con pocos adjetivos y muchos verbos, hacen permeables todos los estadios anímicos del creador, no sólo percibidos sino grabados en el lector.

Esta vehemente sinceridad de la lírica de Nancy encuentra así dentro de cada tema una gracia característica y un impulso vital (al que la desesperanza no consigue vencer) contagiosos y que emparentan esta poesía lírica con la persona humana.

El límite de objetivo y subjetivo se vuelve aquí muy sutil porque el sujeto en su expresión más alta sirve de objeto. La lírica ya dejó su función aisladora del ser, preciosista, aristocrática, abstracta para participar del acento humano de todos. La emoción íntima ya no es más recóndita: pone fermentos vivos en el alma del lector que participa, él también, en la amorosa búsqueda poética del creador. Puede seguirlo y también adivinar algo más de él, de lo que trasunta la palabra escrita que siempre cae al fin del poema, como una losa, como algo definitivo.

Nancy, por su capacidad comunicativa, por su verbo limpio, nos asigna a todos la difícil cualidad de fundirnos con el agente, con el poeta, ampliando el campo de su lírica y asignándole sin pragmatismos ocasionales, una categoría y dimensión universales. No abstractas repito, sino universales.

Cada suceso de Nancy, no es "suyo propio" llega a hacerse "nuestro", como si esta poesía fuera épica y sin serlo.

Caracteriza esto a un verdadero creador y salva a la lírica de todo su viejo hermetismo aristocrático y decadente, lanzándola por caminos nuevos, que son los caminos del mundo. Una impresión esmerada y hermosa (desusada en el ambiente) aviva en este libro los valores de fondo.

PM. En: Sección Bibliográficas. No hay datos de la publicación.

Sobre *Cielo solo*

Cielo solo, cuarto libro de Nancy Bacelo, es un verdadero lujo de impresión (la excelente carátula es de Antonio Frasconi, serigrafía de Raúl Pavlotzky y el texto íntegro fue impecablemente manuscrito por José Pedro Costigliolo). Consta de veintisiete poemas en los que Bacelo (después de la experiencia no totalmente exitosa de sus *Cantares*, 1960) recupera, con una mayor madurez y un más acabado dominio del verso, la actitud poética de *Círculo nocturno* (1959). Cada poema es una unidad definida, un estado de ánimo, una instantánea. Bacelo no es un poeta fácil de captar, ya que nunca dice su verdad total, o, cuando la dice, tiene el cuidado de cubrirla con imágenes válidas, eficaces, pero que despistan al lector. Sin embargo, en esa reticencia reside buena parte de su atractivo. El poema es en cierto modo un desafío, una incitación a que el lector construya su propia clave. Los enfoques tensamente líricos de Bacelo constituyen en cierto modo rodeos y alusiones a un episodio, echo o recuerdo, que es hábilmente escamoteado al lector; pero ese escamoteo no sólo imparte a la obra un misterio que la encarama a otra dimensión, más trascendente sino que además une las imágenes en una extraña coherencia. Es como si visibles hilos unieran todas las palabras a un núcleo invisible. En algunos poemas el procedimiento no funciona a la perfección y entonces el verso se vuelve opaco, desteñido. Pero estos casos son los menos. Poemas como "Ausente", "Saberlo", "Decirlo", "Para siem-

pre", significan una inmejorable versión de ese privado dolor *que nadie contaría en su crudeza* y que para Bacelo es *un cielo solo/ una incipiente realidad/ vertida/ sobre la circunferencial/ del olvido*.

Mario Benedetti. En: diario *La Mañana*, dentro del artículo "Panorama Literario de 1962, Parte IV (Poesía)", Montevideo, domingo 30 de diciembre 1962.

Sobre *Barajando*

En una edición limitada impresa este fin de año para la revista *Siete poetas hispanoamericanos* apareció el apartado de Nancy Bacelo, *Barajando* que tiene inspirados dibujos de Nelson Ramos.

Nancy Bacelo, además de la inspiradora e incansable luchadora que ha llevado a la Feria de Libros y Grabados a su actual esplendor, después de ocho años de continuo batallar, es también una inspirada poetisa.

Decir también, es sin duda una impropiedad del lenguaje, pues Nancy es fundamentalmente poetisa. Su lirismo tiene algo de nostalgia filosófica, de un espíritu bohemio, que busca en la sombra, la luz que lleve la belleza a cuantos le rodean. Belleza es para ella expresión de amor y de bondad. Pero el amor tiene un dejo de incertidumbre, una obsesión de lo desconocido, un amargor de sueño, del cual se teme despertar.

En *Barajando* alternan lo onírico y lo mágico en esa duda que el azar se preocupa de incentivar en las almas atormentadas, que buscan la luz y sólo encuentran sombras. Quizás no sean propiamente sombras las que rodean la inspiración de la autora, pero es tanta la luminosidad que anhelan sus ansias, que parecen sombras las sutiles presencias cuyas formas no alcanzan a dibujarse claramente.

En noches fantasmales, la poetisa teje sueños donde aparecen luchas de seres sombríos que se hieren en ruinosos rincones, donde acecha lo incierto. En su recorrido onírico se suceden noches y días, que se con-

funden, en inciertos acontecimientos, donde en un momento pasa la hora del amor enlazado en el calor del beso, y en otro la acecha la traición, el dolor y la muerte.

De esos sueños fantasmales está hecha la mujer que sueña, la poetisa que unas veces le trae el viento del amor y en otras le reserva las angustiosas pruebas de una suerte esquiva. Sangre, dolor ausencia, vitalidad presente ensueño vivido, pensamientos que crecen ante la muerte todo ello aparece en el aquelarre de trance que esconde la suerte.

Pero la poetisa sabe rematar el sueño sutil y bello al sentirse capaz de seguir los días/ sin romper con la rabia/ y dar el paso/ con todo esto Dios/ que tiene el nombre/ sencillo y sin más vueltas/ de saberse/ en deuda con la vida y con la muerte.

Estos bellos poemas, donde nos encantó la brevedad sutil y esencial del *No se si fueron ruinas...* traen modernidad lírica profunda y vital que dicen del talento y la inspiración de Nancy Babelo.

"Maese Pedro". En: diario *BP Color*, 10 de enero de 1968.

Babelo, o el solitario permanente

Es muy fértil y cargado de sugerencias este nuevo libro de Nancy Babelo, que esconde —detrás de su probable hermetismo— una poesía nítida y transparente, entrañable y auténtica, aunque quizás necesite para su mejor y más cabal comprensión de la ayuda de *Barajando*, que apareció en 1967 y del que, en esta ocasión, se recogen tres poemas.

En todo caso ambos volúmenes postulan una idéntica forma de enfrentarse al mundo, de cuestionar la propia existencia, atormentada por los fantasmas del miedo/ la población secreta/ que nos viene de adentro/ los caballos sin frenos/ por la sangre corriendo, de decir y asumir entera, honestamente la vida, que es la única la que ajusta/ en el mazo de cartas/ su presencia. Son muchos y nada fáciles, los temas que se rozan, que asoman

fugazmente o que se abordan con decisión, pero todos y cada uno de ellos responden a una unidad indivisible e incanjeable que puede aceptar varias constantes y que es, en definitiva, la actitud del poeta ante sí mismo y ante el mundo.

En principio, y desde los títulos mismos (*Barajando*, *Las pruebas de la suerte*), se puede detectar la presencia de un universo opresivo, esotérico y mágico, que se traduce en esa simbología azarosa e inquietante de las figuras de las cartas de baraja y en esas pruebas de la suerte, que revelan a través de los signos una realidad que suele confundirse con la propia del poeta que —con el agua al cuello— dice *doy vueltas y qué carta/ qué carta me saldrá digo destino mancha/ digo nombre barajo lentamente/ mientras detengo arrastro la magia que sube/ como cruel borrachera a la garganta*. Porque aunque dicen que no hay/ pero tal vez las haya, el poeta suele ver dibujados en esos naipes del miedo, en esos alucinantes símbolos precisos, su peripecia y su destino, y por eso juega pensando/ que esta carta dirá lo que yo quiero, a pesar de que no siempre su realidad y su circunstancia coinciden con aquellas que promueven o admiten los símbolos. Al identificarse la experiencia personal, que ha sido de sufrimiento y dolor, con el lenguaje enigmático y amenazante de los signos, se puede comprobar a qué pruebas/ qué feroces maniobras de la suerte ha sido sometido el poeta. Pero esa identificación obedece, fundamentalmente, a una alucinación alimentada por una sensibilidad muy llamada por fuerzas sobrenaturales y esotéricas que, en última instancia y en el momento decisivo, encuentra el coraje imprescindible mínimo para admitir con lucidez que esas son razones de otros mundos/ que no importan/ seguros golpes para probar los huesos. El poeta, ávido de mundo y de verdad, no se engaña cuando usa y descifra los símbolos por sí mismos ni —y esto es lo más importante— cuando los ve como síntesis de su experiencia. Así, consigue destruir, por un lado lo que aportan esos entreverados símbolos y, por otro, las impensadas maneras/ costumbres de asesino/ que tiene la pena ésta, que es como decir la destrucción conjunta de esas dos realidades adversas. Así también, el poeta (*avisado/ a los filos tan crueles de la muerte*) asume enteramente su destino para irse desvistiendo hasta quedar desnudo/ voluntariamente desprendido, porque llaman y no hay tiempo que perder, nos reclaman la conciencia/ y no hay tiempo/ no hay tiempo más tiempo que perder. Aquí asoma la realidad, inmediata, urgente e impostergable, que reclama la asunción del compromiso vital, y la necesidad de encontrar la esencia última del ser, de ir hasta la médula misma, en un ejercicio de búsqueda tenaz y lacerante.

Para llegar a esas conclusiones, Bacelo ha debido pasar por múltiples y fecundas etapas. Hay una zona del libro que se refiere a la existencia de un amor pasado pero vigente, y al que se recuerda con nostalgia pero también con la segura certeza de saber que ya no sirve, que se trata de algo definitivamente clausurado. Es que aun cuando era (cuando fue), ese amor tuvo el coraje de estrecharse sabiendo el término preciso, viviendo enajenadas noches de la dicha que conocían su fugacidad y su fin. Así como no se engaña acerca de su destino y de la actitud que debe adoptar frente a la vida, el poeta tampoco lo hace cuando se trata del vínculo amoroso: *Pero estos ojos tuyos/ y estos ojos míos/ prisioneros los unos/ de los otros/ no se engañan/ y desde el filo/ de la noche oscura/ abjuran de la historia.* En otra ocasión y en otro lugar (*Barajando*) el poeta dijo que *no me interesan los datos*, pero sin embargo aquí hay poemas que recurren a ellos para ubicar en el tiempo y en el espacio *ese tango que suena y dice "corazón no le hagas caso"* o para sorprenderse *en lugares/ donde nunca estuviera.* Ese amor, solicitado a pesar de que *hay tanto desaliño en la memoria*, nunca es mencionado explícitamente pero llega a ser una constante que puede surgir cuando se canta *al costado que veol/ si los años no tienen/ la forma que uno quiere/ si el medallón tan negro/ del duelo que aún me dura/ hizo una sombra densa/ sobre la almohada clara.* Por este costado asoma, además, el erotismo de esta poesía, que si bien es contenido y subterráneo, y nunca directo y agresivo, no por eso deja de pesar y de otorgar al conjunto una dimensión más honda, auténtica y personal, plenamente vivida.

Otra zona del libro está referida a la infancia, y en ella se pueden descubrir atisbos de cariño y ternura, que asoman cuando se apela a los diminutivos *los plieguecitos con que el fuego alimenta; pedacitos de cielo; de a poquito caerá*, que quizás hablan de pequeños y puros recuerdos a los que el poeta se aferra *en medio de la batalla de la vida.* En todo caso, *hay un rostro de infancia/ mordiendo mis rodillas/ una cara que enciende/ las luces del recuerdo/ y sola me pregunta como si ya supiera.* Eso se continúa con más claridad en otra ocasión cuando a la vuelta de los años—y en el recuento y balance— el poeta confiesa: *Y ya no se si anduve/ si me apoyé en la mano invisible y segura/ o tambaleé de miedo/ y equivoqué el camino/ porque nunca se acaba/ de desprender del vientre/ que nos mantuvo asidos.* A eso alude, también, el último poema, que adopta la estructura de una hermosísima y despojada canción: *Polvo polvo de oro/ cuchillo de oro/ mano mano de oro/ puñal puñal de oro/ viento rayo que se vino/ palabra en boca/ látigo secreto.*

La poesía de Bacelo, que puede ser hermética, se ilumina cuando se logran descubrir algunas claves para las que se dan, en cada poema, tensos y escasos datos, fugaces y evasivas pistas, como si siempre se estuviera desafiando la imaginación del lector, que debe permanecer alerta y prevenida. En todo caso, quienes conozcan su producción anterior podrán encontrar aquí una fidelidad estricta y extremada a temas y obsesiones que han sido de siempre. También harán una comprobación igualmente importante y que consiste en el admirable despojamiento lírico que ha alcanzado Bacelo, desprendiéndose de la posible hojarasca para ganar en concentración, intensidad y rigor. Esta poesía sugerente y mágica, envuelta en nebulosas, pero también corajuda y sincera, se dice —y dice al poeta— con entera, plena honestidad porque, como en los solitarios hechos con las cartas de la baraja, aquí no se admiten, no se pueden admitir, las trampas fáciles ni las licencias serviciales.

Danubio Torres Fierro. En: diario *Ya*, Montevideo, 8 de octubre, sin año.

Bacelo: cuando poesía, es el pan de cada día

Luego de seis años de silencio, Nancy Bacelo —8 libros publicados— vuelve a tomar contacto con sus lectores, con la edición de *El pan de cada día* libro que dedica a su madre y cuya presentación se realiza mañana en Galería Losada, a las 19 horas con un insólito espectáculo integrado por la lectura de sus poemas a cargo de Luis Cerminara —que se van ensamblando armoniosamente— a las interpretaciones de tangos y valses de Rosa Pampillon, acompañada por el Trío Puglia-Pedroza.

El Diario dialogó sobre el nuevo libro con Nancy Bacelo, creadora de la Feria Nacional de Libros y Grabados, la cual ya tiene 15 ediciones en su haber, y de la revista *7 Poetas Hispanoamericanos* con 13 números, publicados, al tiempo que ha dirigido 45 ediciones de libros de poesía.

“El último libro que publiqué —dice Nancy— fue *Las pruebas de la suerte* en 1969, se vendió rápidamente aunque se conoce poco, por ello

lo reedito en *El pan de cada día* que se suma a *El fin de la palabra* que es lo último que he escrito."

En torno al título de su obra destaca que "el otro día me preguntaron lo qué significaba para mí la poesía y reiteraré algo que ya es carne en mí y que da el título al libro: el pan de cada día."

Un libro, un objeto

Sorprende la especial calidad artesanal y la presentación de su libro. La edición está hecha en papel pluma, impreso en color sepia, las tapas son de cartón paja, impreso con un grabado antiguo "me lo regaló hace años Celina Roller López quien se va a llevar una hermosa sorpresa, al ver el destino que le he dado."

"Creo —explica Nancy— que el libro no sólo debe ser leído sino también debe funcionar como un objeto que me permita expresarme artesanalmente. Así le hice una bolsilla de arpillera, con el nombre del libro afuera. Confío que se venda no sólo en librerías, sino en tiendas y otros locales."

"Es de destacar además —prosigue Nancy— la especial dedicación de la gente de la imprenta que dio lo mejor de sí para lograr esta edición."

En Losada

"El espectáculo en Galería Losada va a consistir en la presentación del libro y será un 'acto de amistad' que restituye lo que siempre he sostenido, la necesaria integración de actores, poetas y músicos." Con el fondo musical del Trío Puglia-Pedroza, el actor Luis Cerminara, va a leer algunos poemas. El espectáculo está ensamblado de tal suerte que el último verso de cada poema, se integra la letra de un tango o vals, cantado por Rosa Pampillón.

Finalmente le pedimos a Nancy que eligiera un poema para publicar y escogió el "último del libro que siempre es el primero de otro libro". Su título es: *Todavía es temprano*.

Son las secuencias de amor imaginado/ esas reservas que cada uno guarda/ con la esperanza/ de volverlas ciertas./ Pero meras palabras corregidas/ resultan a la noche./ Vuelan gaviotas en el cielo claro./ Para cortar las alas bastaría/ desparramar el sueño/ y hoy no es mañana todavía.

Sin autor. En: *El Diario*, Montevideo, jueves 4 de setiembre de 1975.

Las piedras del río

Aunque alguna vez —quizá muy pronto— habrá que decir quien es Nancy Bacelo dentro de la literatura uruguaya en otros y muy sacrificados contornos, aunque muchos callaron la mayoría de las metas culturales que tan solo ella hizo posibles, hoy nos toca, únicamente, la siempre grata y no muy simple tarea de comentar su último libro. La poesía, su paralela y vivencial tarea, es el otro costado de esta azarosa existencia.

No encontramos con un libro casi objeto. Una bolsa de arpillera hace las veces de capullo o simple bolsa de mano donde está guardada esta magnífica edición denominada: *El pan de cada día*.

La producción de Nancy Bacelo es extensa, su poesía es prolífica, caudalosa en su totalidad, minúscula y sobria en cada pieza. Desde *Tránsito de fuego* (1956) hasta el extenso volumen que hoy nos llega y que incluye también *Las pruebas de la suerte* (1969) ha tenido un mérito fundamental: su obra, aunque balbuceante a veces, fue siempre idéntica a sí misma. De esas páginas numerosas que se multiplicaron con los años, se pueden extraer algunos poemas excelentes. Pero —y aquí esta implícito el elogio que se resistía a ser claro— ninguno de sus poemas deja de tener un desgarramiento, una razón viva, un fenómeno en que en la poesía falqueana se dio en llamar autenticidad. Ese cuidadoso trato de las palabras que ama (Bacelo nunca deja de optar por la claridad) hace que se valore la obra en conjunto, aunque el valor preciso se reduzca a unos treinta o cuarenta poemas si el análisis profundo y el consabido descarte así lo dictaminan.

Es el riesgo de todo poeta prolífero el que corre Nancy Bacelo. Pero no los peligros de los que amontonan palabras. Para esto sí, casi siempre llegan los malos augurios que vienen con el tiempo y no está en la crítica. El propio Pablo Neruda —sin duda una de las más altas voces del idioma— ya está sufriendo las mutilaciones propias de su voluminosidad, de su falta de rigor o, seamos justos, de aquella su incontrolable sed de escribir siempre.

No es este el caso de Nancy Bacelo. Su voz es sencilla y descarnada, de pocos recursos, de muy seleccionadas palabras. De las ciento veintitrés páginas de su último poemario, ordenando el libro con "Las pruebas de la suerte", "Como mirándose", "Pruebas con tango", "Pasaje de la razón al sueño" y "Conversaciones diarias", se puede concluir que

— más allá de la tarea — predominan valores que, como tal como decíamos, se extraen cuidadosamente. Arranca sentimientos agudos, verdaderos placeres estéticos:

*No voy a preguntarte el nombre
el apellido el número que tengas
asignado
no voy a preguntarte nada
porque tu llave
es igual a mi llave
y con ella
inauguraste una verdad
y no hay nada más grande
que un silencio
Cubierto de palabras.*

(de *Puertas adentro*)

La sobriedad, donde se encierra el verdadero dolor, es el fuerte de Nancy Bacelo. Allí nada se inventa: se sospecha con fundamento que todo ha sucedido:

*Le volaba la luz
como del polen
y en la luz iba así
como encendida
perdida y reperdida
y así
andaba.*

(de *Repitiendo la elegía*)

Es hartos sabido que los poetas son pocos. Aunque también, raramente, en este país no lo han sido tanto ni tan poco. La poesía femenina uruguaya (esto es un decir, existe solamente la poesía) fue siempre una de las más ricas de Hispanoamérica.

El pan de cada día agrega algo. Sus poemas se sostienen con suficiente tenacidad para un largo aliento. Y algunos de ellos, tienen implícito el misterioso augurio de no perecer.

"*Parménides*". En. diario *El País*, Montevideo,
13 de octubre de 1975.

La entrañable incitación de la palabra

Si algo definitivo se puede decir de la poesía de Nancy Bacelo es que resulta entrañable y emotiva desde toda perspectiva. Alcanza con remontar por entre la temeraria biografía de toda su obra — iniciada en 1954, pero afianzada con rasgos nítidos a mediados de la década siguiente — para percibir esa condición entre física e intelectual que sólo es pasible de encontrarse en el arte de la palabra, y que Bacelo, denodadamente, exhibe como blasón determinante de su creación.

Su último título viene a ratificar, coronando, este reconocimiento.

Se trata de un intento comunicativo y estético que apela a la intimidad reflexiva, que utiliza la palabra a media voz, el tono quedo de la confesión, para producir en el lector (protagonista) la incontenible incitación de belleza para algo, de la belleza como signo exterior de una interioridad angustiada, castigada, pero a la vez — heroicamente — iluminada por la esperanza.

El discurso de la autora transita por diversos caminos, aunque, evidentemente, pretende un mismo derrotero: por un lado, ensaya la alusión como forma evocativa de la realidad; por otro lado — y a veces paralelamente — emplea la expresión directa, la pura nominación de los objetos, y otorga a ello el valor de imágenes; asimismo, recurre a la simple metáfora, y la convierte en el punto de irradiación, — tal vez en el señalamiento — de la clave emotiva de la pieza en su totalidad. Tales elementos, sin embargo, no se aparecen según este ordenamiento — que apenas es un intento de aislación para procurar su comprensión — sino que se exhiben en una dinámica invisible, compacta en su forma, unida — acaso única — en su contenido.

Ejemplo de pericia y muestra fehaciente de emoción es este poema, cuya reproducción no podemos resistir en tanto nos proponemos transmitir el alto mérito que nuevamente viste a esta autora con el fino reportaje de la palabra imantada, viviente:

*Casi metal la noche
y rueda el agua
en plena ciudad vieja
si nombro un tango
nombraré el recurso*

al que se vuelve sin sacar la cuenta.

Casi metal el cielo.

Casi.

Mas si enfueyo el olvido del recuerdo

tendré respuestas en el aire limpio.

Casi metal el tiempo.

Casi casi.

y apenas empezó la madrugada.

Es esta obra, pues, una más que excelente oportunidad para entrar en contacto con la aventura del verbo a través del encantamiento que sólo la hondura radical de Nancy Bacelo, una poetisa que merecidamente ocupa un lugar importante en la lírica nacional, puede lograr con elementos tan sencillos y con apelaciones tan cotidianas. Más que un libro, es esta una propuesta para el propio decantamiento de nuestro sentir.

Sin datos de autor. En: semanario *Búsqueda*, suplemento Libros, Montevideo, miércoles 23 de noviembre de 1983.

Sobre *Los músicos continúan el juego*

La poesía de Nancy Bacelo no debiera escribirse en papeles comunes, sino que tendría, como las notas, que escribirse en pentagramas. Y no sólo por su cadencia interna, intransferible, sino porque las notas llevan la música pero también su secreto, secreto del si bemol mayor, del la sostenido, pero nunca del do de pecho, porque el do trae, de inmediato, una afirmación rotunda y las afirmaciones de nuestra escritora están dichas como al pasar, tocadas siempre por el dolorido sentir, pero sin as-pavientos. Nancy Bacelo publica ahora con *Los músicos continúan el juego* su décimo poemario, que había comenzado en 1954, con *Tránsito de*

fuego, texto aún adolescente que ya denotaba la innegable vocación de la autora. *Los músicos continúan el juego* está trazado, pues, sobre un pentagrama imaginario, de forma que los versos encierran su propia música que se escucha a veces de lejos y hace tiempo y estos compases, sin ninguna duda, se escuchan aquí, en Montevideo, que también oficia como testigo, sin que aparezca una sola descripción ni un solo detalle costumbrista porque la poesía de Bacelo es su propio paisaje.

El libro, editado por *Siete poetas hispanoamericanos*, consta de cuatro partes: primera, "*Los músicos continúan el juego*"; segunda, "*Como de noche*"; tercera, "*Como la madera en el palito*" y cuarta, "*Permiso*". Todo el poemario mantiene una cierta distancia entre la poesía y el lector, distancia que no debe entenderse como una actitud elitista ni mucho menos como una lectura de difícil entendimiento. La distancia está dada por el misterio que la escritora va desvelando sin apuro, tomándose su tiempo en tanto el lector hace lo propio. Después de todo, la palabra poética está arimada a enigmas y a signos que no desmerecen su condición, aunque se los explique. *Los músicos continúan el juego*, cumple de ese modo con el misterio —cualidad inherente a la poesía— y su respectiva confesión. Nancy Bacelo va diciendo a la par que la música continúa su juego. Veamos estos versos de la primera parte: *Sólo la orquesta/ sólo/ sonando sin sosiego/ mientras la música/ continúa el juego. O: Sería inútil pasar las manos/ por las sienes/ sólo el tiempo es capaz/ de tanto esfuerzo. O en "Como de noche", la segunda parte, tal vez la más lograda: Valga un torrente/ que sirva de medalla/ en las piadosas circunstancias/ valga la cancha del que juega a fondo/ valgan/ esa materia valga/ los colores también/ el ruido del silencio valga/ porque todo es lo mismo/ sirve tan solo el filtro/ y la manera de pasar por el ojo/ de la aguja el hilo.* A título de innovación, la autora separa gráficamente algunas voces verbales, de manera que tal separación ocurre en la hoja de papel pero funciona al mismo tiempo a nivel psicológico como por ejemplo en: *los ruidos que sostengo/ que te sostengo/... al mediodía de este sábado en que te desatas uno por uno...* Recurso poético que quíerose o no va desenmascarando a las palabras, las va redescubriendo para que el verbo o la expresión vayan más lejos y naturalmente más cerca o más adentro, desplegados los mismos vocablos en acepciones múltiples.

Hay en todo el texto de Nancy Bacelo un intacto amor por el que se apuesta sin tener ninguna seguridad de ganar. *Que esté la orquesta armada o desarmada/ Importa poco/ Si está la música/ y no está la orquesta/ alguien seguro que armará la fiesta.*

Nancy Bacelo experimenta con las reglas del juego y con las de la poesía. Pero el modelo de la escritora uruguaya es sólo suyo e intransferible.

Matilde Bianchi. En: sección *Culturales*, sin datos de fuente, 20 de diciembre de 1983.

Un libro polifuncional

Esta prolífica poetisa uruguaya ha dado ya una obra estimable no solamente por su abundante producción sino por la calidad poética de la mayoría de sus libros, textos que están pidiendo ya — como una forma del rigor mediante una selección compacta — la necesidad de una antología. Con más razón al saber que a esta altura, desde 1954 a la fecha, (año en que apareció su primer poemario, *Tránsito de fuego*) muchos de sus libros son inubicables.

Es sorprendente comprobar la cantidad de vertientes poéticas que maneja Nancy Bacelo y es particularmente sorprendente este libro. Está compuesto en cuatro partes, compactas y bien definidas: 1. "Los músicos continúan el juego", 2. "Como de noche", 3 "Como la madera en el palito", 4. "Permiso". Desde el comienzo, los poemas se leen con una característica ilusoria: da la sensación de que los mismos se continúan aunque esto no es más que un engaño rítmico dado que las ideas van avanzando y se multiplican independientemente. Pero el libro sostiene una velocidad de lectura que es muy curiosa, casi sin precedentes. Si nos detenemos en cada texto, creamos una lectura tradicional, pero una rara tentación por leer este poemario como si fuera narrativa crea otra forma de leer, a pesar de que tenemos ante nosotros un claro libro de poesía. Estos efectos, buscados o no, están en la vertiginosidad de los textos.

Puntos altos

En este contexto, que no deja de ser novedoso, notamos cierto virtuosismo en el modo de armar su discurso y una diferencia clara y sa-

ludable con relación a otros libros de la autora. Lo saludable es la renovación, la sorpresa y el disfrute estético que produce la mayoría de estos poemas. Nancy Bacelo no ha detenido entonces una búsqueda formal y sensorial que le ha dado frutos: libros estimables y muchos poemas de calidad, piezas que, de reunirse en una buena compilación, darían una verdadera dimensión de esta poetisa.

Con este libro sucede que los poemas, en cambio, son muy difíciles de separar del contexto del señalado descubrimiento de la autora: el poemario como un todo. Pero buscando la lectura tradicional, solitaria e independiente de cada texto, encontramos algunos poemas de excepción como el que leemos en la página 55, parte del libro titulada "La madera en el palito" en homenaje al memorable poema del argentino Juan Gelman:

no es necesario un coro de lamentos
ni el "ya está" del que te ausculta
ni esa mujer que corre por tus huellas dactilares
ni estos ruidos urgentes en la tarde del sábado
alcanza con que mire el cielo
y vea la tormenta que comienza a estallar
cuando dejas tu cuerpo
para entrar en el aire
ese árbol donde quedan las noches y los días
con preguntas colgadas
y este no sé qué del corazón
quebrando
la demagogia del destino

Los músicos continúan el juego, es en cierta manera, un libro de cámara, una retahíla musical. Y, por otro lado, también puede verse como un poemario compacto cuyos altos y bajos (sus oscilaciones), son parte de un conjunto armado y pensado como tal. Creemos que —aparte de la calidad individual de muchos de los poemas— estas dos opciones significan uno de los mayores méritos de la autora.

EE. Sin fuente, 29 de octubre al 4 de noviembre 1983.

Nuevo libro de Nancy Bacelo

Cuando se entra al libro la orquesta ya está tocando: se diría que hay música aun antes de comenzar la lectura, en el cuidado formal que se ha puesto en la presentación del libro, en la tipografía elegida. Todo ello es coherente preámbulo de la atmósfera que se instaurará después de la lectura.

La metáfora del músico tiene en este libro una elaboración poco común: se hace multidireccional, trasciende la simple alegoría del mismo modo que el músico trasciende la evidencia física de su propio instrumento y da un paso más allá: en el tema de los músicos el metalenguaje lo es de manera extrema.

Si la música misma es reducible al lenguaje matemático de los armónicos (o de los inarmónicos) por medio de una combinación de funciones sinusoidales y cosenoidales determinada por Fourier, no ocurre lo mismo con su connotación, por lo que evoca o elude en su condición de metáfora, de conexión entre realidades disimiles.

Y este libro trabaja en base a esas connotaciones (alusiones, elusiones):

*esta es la historia cierta
un par de atriles que ya no usa nadie
la expectante congoja del recinto
y el ruido a nada que golpea en el vidrio
(por un momento que nadie llora por las cosas idas)
alguien que afine un poco su instrumento
la tensión de esa cuerda el ruido sordo.*

Por otra parte, la ciudad sostiene a los ejecutantes de su música, los descubre con el ritmo particular de esta escritura: *A veces como ahora/ es la ciudad... la polvorienta imagen, rumiadores de besos... esos eternos sonajeros/ que no dejamos de mover/ mas los fantasmas.*

Creemos que no es exactamente lo mismo abrir juicios sobre un libro que sobre una personalidad poética, o simplemente, sobre una personalidad.

Más allá del contenido de *Los músicos continúan el juego* está la autora y los otros ámbitos donde desarrolla su labor cultural.

En este punto preferimos darle la palabra a Domingo Luis Bordoli, quien en las notas de *Antología de la poesía uruguaya contemporánea* dice, refiriéndose a Nancy Bacelo: "No es sin duda montevideana sino de tierra adentro este espíritu generoso capaz, sino de posponer, por lo menos, de fusionar su suerte con la de todos en procura de un solidario crecimiento cultural... Paulatinamente, con ahínco, ha ido haciéndose dueña del instrumento y ámbito poético en que logra sus mejores aciertos: es el cantar, la cuarteta, casi la copla a veces..." Estas palabras son del año 1966, cuando la Feria Nacional de Libros y Grabados que Nancy Bacelo dirige desde su creación, alcanzaba un máximo de difusión y suceso.

Ahora, en las vísperas de una nueva feria aparece este libro, prueba de que en verdad la autora no ha pospuesto su vocación literaria, y prueba también, de vitalidad poética.

Rafael Courtoisie. Sin datos de publicación.

Poesía en bolsas

El foyer del Teatro del Notariado fue esta vez escenario de un acontecimiento que no tiene precedentes en el Uruguay: la poesía, confinada tradicionalmente en cenáculos y en libros —no sólo aquí, sino en todas partes— saldrá a orearse por calles, comercios y medios de transporte colectivos.

El medio para lograr esto consiste en una audaz idea de la creativa y emprendedora Nancy Bacelo que, apoyada en el diseño gráfico de Miguel Malfatto, ha decidido imprimir sus poemas en tradicionales bolsas de compras sobre un sobrio cartón blanco plastificado.

Sin autor, fecha ni fuente.

Una mujer

*Unos dirán que tengo doble formal que mi tormenta huele a oscuridades.../
Digo que llevo adentro un signo raro/ que ni yo misma conocerlo puedo.*

Treinta y un años atrás Nancy Bacelo abría *Transito de fuego*, libro al que pertenecen los anteriores versos, un vasto y puntual camino poético, al que se agrega hoy su undécimo título. Y precisamente en esa hermenéutica que es su decir más intimista ha trascendido su obra: testigo solitario, absorto, contemplativo de seres y cosas, de la ubicuidad inicial de su conciencia, de la murmurante resignación ante el azar y la arbitrariedad del destino (barajas, figuras, juegos), de la resolución de identidad y responsabilidad de *Los símbolos precisos* —título exacto—, parecería distar un salto cargado de despojamientos, transmitido también a lo formal.

Los treinta y dos breves poemas que componen el presente volumen (a los que se agrega el índice, estructurado como otro texto que hace las veces de metáfora del conjunto) abandonan al sujeto alegórico que recorrió con persistencia la obra anterior, aun cuando a su búsqueda correspondiera una aguda introspección, para asumir al sujeto dolorosamente real que dirige, palabra a palabra, la mano que les da vida. Y aunque tal vez ciertas formas del fatalismo, siempre previo, no hayan sido del todo superadas, estas parecerían tomar una consistencia más opaca y cotidiana, menos aleatoria que aquellas de *Barajando* (1967), *Las pruebas de la suerte* (1969) y otro.

Si bien la poesía de Nancy Bacelo ha impreso en nuestras letras una voz estrictamente personal, es dable reconocer en ella influencias de la generación que la precede —el 45— y, más atrás aun, de quienes marcaron intensamente a esta —el 27 español, Lorca, Miguel Hernández. Sin duda es en *Cantares* (1960) donde estos dos últimos se evidencian con mayor fuerza, sin ser este el único volumen donde aparecen. El peso sonoro, interno al verso, que de la poesía de Idea Vilariño manifiestan algunos trabajos suyos, alcanza para emparentar formalmente a las dos poetisas: el despiadado, intransigente nihilismo de la autora de *Nocturnos* parecería tener en Bacelo una resolución más esperanzada, menos trágica. Por lo menos en ella la vida siempre tiene una última opción en el amor, en ese encuentro que aun cuando pueda llegar a lo

paradojal, tiene la capacidad de devolverle el sentido a la existencia de una mujer.

Una esa esta mujer, triple mirada que acusa un mismo ojo, confiere a *Los símbolos precisos* justamente esa descarnada confesión que la autora desarrolla en torno a la condición femenina, sobre su condición de mujer, compleja, ambigua (aquella *doble forma* se ha hecho una decisión de ya *no votar/ por lo que sabe/ que podría ganar*), y que además reconoce el pasado como una dimensión del agobio (*el tiempo no ha pasado en vano/ lejano ruido a madre la sacude*). Y el presente como una obligación (*...el estruendo fanático del siempre/ la sorprende en la calle*).

Quizás en ninguno de sus anteriores libros, y en pocos de nuestra poesía, las palabras sean tan justas, tan precisas como en éste. Hay aquí una economía exacta, que colide muchas veces con la casi relación de sucesos de otras etapas de Bacelo. Basta recordar el sobre cargado lirismo de *Las pruebas de la suerte*, que acababan atentando contra la hondura de sus versos, y compararlos con los presentes para concluir que estamos frente a uno de los trabajos más logrados de toda su trayectoria.

Hugo Fontana. En: semanario *Brecha*, Montevideo, 10 de abril de 1987.

Una mujer aprende a desamar

Este es un libro en el cual una mujer se afirma como mujer. Visto el feminismo desde uno de sus mejores ángulos, puede muy bien decirse que éste es un libro feminista. Entendámonos: Nancy Bacelo no está en él diciendo: "Soy un ser humano igual a cualquier hombre; hago tanto y más y mejor que los hombres; exijo que me lo reconozcan. No, eso ya está; se da por supuesto, sabido y aceptado. Se trata, ahora, de algo más. Amén de ser un humano soy, también, una mujer. Y quiero reconocer y elegir mi forma individual —y completa— de ejercer mi mujeridad. (No se confunda, por favor, con 'femineidad'; esa boba y tristísima lindura.)"

Su mujeridad viene dada por la biología y por la historia, pero es sobre todo, cuestión de historia personal, y decisión también personal. Esa mujeridad implica sabiduría y olvido, soledades y presencias, memorias y esperanzas, desamores y amores, apuestas y desdenes. Se alza a partir de los datos de la biología y la sociedad para decir: han querido reducirme a cosa enamorable, seducible, cocinadora, paridora. Pues bien, cuando he amado y me han amado o no, cuando me sedujeron y seduje, lo hice por elección voluntaria. Y cuando algo de eso ocurrió a mi pesar, no tengo quejas ni lágrimas. Sucedió, y allá queda.

Nancy Bacelo nació en 1931 en Lavalleya donde vivió hasta los 20 años. Más que por su poesía se la conoce por su tarea de permanente inventora y hacedora de la Feria de Libros y Grabados —siempre amenazada y siempre resucitada. Ha publicado, desde 1954, once libros de poesía. Los iniciales fueron ensayando —y consiguiendo con rotundidad— una formulación poética breve y esencializada que adopta la forma de copla o cantar, la contundencia sentenciosa del refranero, la engañosa liviandad que dice verdades hondas. Paralelamente —aunque parezca desmentirlo el orden de publicación— fue afirmando el poema de desarrollo más extenso, como ocurre en *Barajando* y *Las pruebas de la suerte*.

El penúltimo libro, *Los músicos continúan el juego* de 1983, marca un cambio de dicción poética. Esta se vuelve más elusiva, más secreta, más elíptica. La obra se centra en dos hechos fundamentales que significan una desgarrada vivencia de despojo (uno colectivo y otro individual), la dictadura y la muerte de la madre. Porque ambos se viven entrañablemente es que Nancy Bacelo no los nombra directamente, sino que los alude. Para esta poeta, a esta altura de su historia, las heridas más graves se dicen sin nombrarlas, se mentan sin declararlas, se lloran sin lagrimearlas, se apalabran sin palabrearlas.

Muy a menudo la poesía de Nancy Bacelo ha apelado al símbolo: fuego, ala, ave, canto, pan, agua, naípe o baraja, música, partitura.

Estos —y otros— han sido a la vez símbolo y presencia concreta. Importa señalarlo porque demasiado a menudo los poetas recurren al símbolo descarnándolo, y tanto, que se vuelve lejana alegoría. Cuando Bacelo dice "pan", comparece el pan concreto que también está aludiendo a otra cosa. Mencionamos el naípe o baraja: son una presencia casi constante y refieren a una visión de la vida como azar, suerte, juego, apuesta. Visión que se manifiesta hasta en los títulos: *Barajando*, *Las pruebas de la suerte*, *Los músicos continúan el juego*.

No es casual que el undécimo y último libro, se titule *Los símbolos precisos*. En *Las pruebas de la suerte* (1969) se lee: *Barajando este mazo/ este montón de cartas/ con símbolos precisos* (pág. 10); *entreverados símbolos/.../ y estos mundos de amor /naipes del miedo/ alucinantes símbolos precisos* (pág. 42). Todo, en el mundo, es símbolo para esta mirada; casi todo es símbolo, en esta poesía, ofrecido a nuestra mirada. Y no se cansa Bacelo de mentar "símbolos precisos". Pienso que "precisos" debe entenderse en dos sentidos: a) el de precisión y exactitud, justeza; y b) el del símbolo que se precisa, que se necesita, que se requiere.

Vuelvo sobre el coraje de estar vivas dijo Bacelo en *Barajando*. Este podría haber sido el exacto epígrafe para *Los músicos continúan el juego*. Fue coraje seguir viviendo (y ejecutando música inaudible (?) para armar la fiesta) durante la dictadura; es coraje seguir viviendo cuando se muere la madre. El verso citado epitomizaría adecuadamente la nueva obra. El coraje de estar viva(s); el coraje de quererse mujeres.

En ninguno de los 32 poemas Bacelo dice "yo"; aunque esté hablando de sí misma está hablando de otras (casi todas), para todas las otras; y de otra (otras) para sí misma. Así dice: "una mujer", "esa mujer", "esta mujer". ¿Qué ocurre con tal mujer? Todo. Lo previsible y lo decidido. Y esta mujer se sabe/ aunque no quiere saberse. Esta mujer/ no tiene credencial/ para este amor/ —se acabaron los números—/ no va a votar/ por lo que sabe/ que podría ganar; Una mujer/ se despide mesa mantel vino/ por medio/ de lo que pudo ser/ le consta/ que no tiene más ganas/ del absurdo; ...las miles de mujeres que le habitan; Una mujer/ sonríe a los discriminadores/ del amor/ recorta y pega/ la flor que le arrancaron/ puede mirar más lejos/ Y mira.; Una mujer/ escucha atentamente/ los argumentos de la sinrazón/ escampa un duro amanecer/ (tiene cansancio de explicar/ lo que no tiene explicación)/ y da vuelta la página; ...Siente que el país va a cambiar/ —sabe cuánto empujó/ para gran lujo de los desmemoriados—/ pretende restablecer olvidos legendarios./ No es ilusa; Una mujer resucita sus muertos/ como puede; Una mujer disfraza su tormentoso/ desamor/ no quiere volver al desencanto/ pasa la mano por el revuelto absurdo/ en que la gente mete cuerpo y alma./ Reniega del cielo y del infierno./ Aprendió la lección.

Tal vez sea éste —que no en vano es el último— el mejor poema del conjunto: Así leído, el libro es la historia de un aprendizaje. El aprendizaje del desencanto y del necesario desamor. Pero mientras el desamor sea tormentoso (¿es que hay apacibles, serenos desamores?); mientras el desamor requiera ser ocultado, disfrazado (¿es que hay desamores

sin máscara?), hay que aprender a desamar. El mejor camino para un sabio desamar es la nueva apuesta por el nuevo amor, y si es posible, una buena amistad. Bacelo elige el camino más arduo: el del desamor completo, el de la elección de la soledad, el negarse al encanto y la maravilla porque se acaban. Es, sin duda, el más arduo. Es, tal vez, el más sabio. ¿Es, por ventura, el mejor?

Graciela Mántaras Loedel. En: revista *Avanzada*, Nº 57, Montevideo, mayo 1987.

Sobre Los símbolos precisos

Con el tú de mi canción/ no te aludo, compañero/ ese tú soy yo. Como Machado, quizás por pudor humano y de artista, la mujer-poeta se integra a otra, otras *las miles de mujeres que la habitan*, en este poemario integrado por treinta y tres unidades, en el que el número místico se logra —creemos que por deliberada opción— al construirse el “Orden del libro” en epílogo, síntesis y clave de la obra, cuyo limen (¿cabalístico?) es la serie de dígitos y cero.

La forma escueta, por breve, libre y despojada, es sabia elección para una poesía que dice mucho y dice hondo; que no es hermética pero tampoco explícita y que parece hundir a veces, por la aparente llaneza, sus profundas raíces en el lejano Quevedo o en el Machado ocasionalmente conceptista.

El título nos recuerda, por analogía métrica y oposición expresiva, un hemistiquio de Julio Herrera: “Los símbolos perplejos” (dudosos, inciertos).

Los poemas van revelando una identidad descubierta ya que no voluntariamente asumida (*Y esta mujer se sabe/ aunque no quiera saberse*), una permanente mirada introspectiva, no siempre misericorde, pero también una pupila y un odio abiertos al mundo que rodea, estrecha y agrede.

Así, en bien medido crescendo, se llega al *vasto dolor*, a través de los cuidados pequeños: *Una mujer en la estación de servicio...; Una mujer compra sus ajos, la cebolla... Y paga. Y carga; Pero nunca lloró como debiera..., no tiene credencial para ese amor...; se despide... de lo que pudo ser; sabe de los valores para siempre perdidos, y de la ajenidad: respira hondo la tenaz ceguera.*

Como la torre no la tienta, *escapa de los ruidos/ no para encerrarse de los otros/ sino para mejor abrirse* y es entonces que se vuelca hacia dos mundos. Uno natural, acogedor, fraterno: *y llena sus ojos con el mar/ la noche, el húmedo sereno que la cubre. Y se permite el sueño.* Otro hostil, alienado, frívolo, que la agrede pero no la derrota: *...recorta y pega la flor que le arrancaron./ Puede mirar más lejos./ Y mira.*

Por voluntariedad o por exigencia, esa mujer contemplativa se sabe activa y modestamente sabia: *siente que el país va a cambiar/ sabe cuánto empujó/ para gran lujo de los desmemoriados./ No es ilusa.*

No lo es: conoce las reglas del juego y dice sencillamente, con dignidad legítima, *que subió la cuesta/ y puede ver desde su empinadura.* Que tiene coraje y golpea contra la adversidad. Y al tormentoso desamor, al desencanto y al absurdo, responde con la elección aprendida.

Empero, esta mujer fuerte que *desplaza la ilusión*, que no puedo aquietar la *inmensa pena que le parte la vida*, pero vive, hace el viaje obligado a la semilla y *un lejano ruido a madre sacude.*

La trascripción parcial —obligada y traicionera— puede no obstante destacar valores intrínsecos y formales. Por eso nos tienta el terminar esta nota con un verso (creemos que único en el libro), endecasílabo bímembre asimétrico, que nos parece la relación confesa de la Poeta de hoy, con el Barroco buceador de almas, quevediano: *el bravo temporal la noche incierta.*

MNR. En: diario *La Unión*, suplemento Libros Minas, Lavalleja, lunes 13 de junio de 1987.

Dos modos de poetizar

Poca poesía contemporánea se anima a recuperar con mesurada nostalgia y con gratitud la felicidad pasada (por eso de algún modo sobreviviente) junto al mundo de la infancia, la interrogación sobre los orígenes, los pequeños milagros cotidianos que hicieron una vida. "El arte no es sino recordación", anotó Borges en un juvenil ensayo sobre Julio Herrera y Reissig. Nancy Bacelo (Batlle y Ordóñez, 1931) confirma tal aserto en éste, su duodécimo libro en cuarenta años de poesía. El manojito de textos se distribuye en tres secciones de desigual número: "La familia", "La caída" y "Recuentos de amor". No se encontrarán sorpresas en cuanto a cambios bruscos en su dicción, ningún maquillaje apresurado para acompañar los reclamos de la moda a los que quiere desoir. En todo caso la grata sorpresa está en que logra renovar con deliberación asuntos viejos, propios y ajenos; así no duda en confirmarse desde la frase titular del cuaderno (que además tiene estupendas ilustraciones de Fidel Sclavo) y proclama la necesidad de aferrarse a lo permanente, a lo esencial suyo: *Pero haz que me ajuste a los principios de la búsqueda. No a la búsqueda de los principios que: han sido mi sostén* ("Ora pro Nobis").

Con materiales clásicos de la poesía (materiales típicos y prestigiosos en la poesía española) como el corazón, la flor y su perfume, el azul, la nube y la noche, Bacelo prefiere en el apartado inicial el verso largo de cadencia narrativa, el decir coloquial, la imagen sutil, el tono melancólico y al mismo tiempo gozoso. Pero a veces retrocede y construye meros ejercicios de cierta destreza con rima tradicional; sin embargo, en los últimos poemas avanza hacia el territorio del amor con un verso más despojado y con recursos nada habituales. Entonces aparece lo mejor de una voz que tiene mucho para comunicar y que hay que seguir oyendo: *El amante esté abajo/ de una cortina negra:/ (desdeñó los balcones las luces los avisos)/ Bebió en la taza oscura./ Se tragó la celada.*

Pablo Rocca. En: semanario *Brecha*, Montevideo, 5 de agosto de 1994.

El fuego cotidiano

Desde su primer libro, *Tránsito de fuego* (1954) el perfil de Nancy Bacelo se dibujó con algunos rasgos destinados a permanecer a lo largo de la docena de títulos que forman su obra: un tono apasionado sin dejar de ser contenido, una dicción despojada, una marcada predilección por las formas breves. Ese gusto por la sencillez y la brevedad la llevó a probar con éxito la copla popular, como en *Las coplas de Nico Pérez* (1978), un curioso librito impreso en papeles circulares de 7 cms de diámetro unidos por una argolla. El pequeño volumen mostraba —como casi todos los suyos— el amor de Nancy Bacelo por lo artesanal, por los libros como objetos, por la mixtura de la literatura y la plástica, rasgos que caracterizaron a Siete Poetas Hispanoamericanos (editorial que fundara en 1960), y a la Feria Nacional de Libros y Grabados que gracias a su talento y esfuerzo personal jugó y juega desde hace cuatro décadas un papel fundamental en la difusión de la cultura uruguaya. Pero ese amor por lo artesanal no tiene que ver sólo con los aspectos materiales del objeto libro, sino que, de algún modo signa su propia postura estética frente a la poesía. Una poesía "hecha a mano", como decía María Elena Walsh de la suya propia, una poesía fabricada con las cosas de todos los días, que huye de lo "prestigioso literario" para refugiarse en las entrañables, gastadas palabras de la tribu. *Estás en mí/ como estás/ lo madera en el palito*, decía por ejemplo, en *Los músicos continúan el juego* (1983).

Oriunda de Nico Pérez (depto. de Lavalleja) hay también en la poesía de Nancy una cierta nostalgia por los sabores esenciales, por la naturaleza, por los espacios abiertos, que corre paralela a su reivindicación de un lenguaje íntimo y cotidiano.

Los símbolos precisos, que ahora reedita Nordan-Comunidad, había sido publicado originalmente por Siete Poetas en 1986, en una hermosa edición en cartulina celeste. Ahora ese título central en la obra de Bacelo elige el formato pequeño (15 x 10 cms.) y una tapa color lila donde se destaca una foto borrosa de ella misma —niña— con sus padres, que subraya el aspecto existencial, íntimo de esta poesía.

Una suerte de balance con la vida, una contemplación ensimismada del paso del tiempo, una marcada reticencia, caracterizan este libro donde todos los poemas empiezan con la fórmula anafórica *Una mujer*. Esa tercera persona que "protagoniza" los poemas, permite a Bacelo en-

contrar una distancia que identifica y oculta, un equilibrio delicadísimo entre la confesión y el pudor, una suerte de síncope que da a estos textos sencillos su fuerza, su aire misterioso. Esa mujer que *compra sus ajos, la cebolla*, que pone el mantel del desayuno que atiende a las pequeñas cosas y a los movimientos interiores que el contacto con los objetos genera en la conciencia, puede ser todas las mujeres, pero a la vez es una sola, cuya biografía se arma sobre lo que no se dice, pero se sugiere. La soledad, el cansancio, el fin del amor, la sensación del absurdo, el sentimiento de ajenidad, nunca se corresponden con el desborde de la expresión, sino que surgen de esa voz recatada, hasta huraña y altiva en ocasiones. *Una mujer/ escucha bocinas de automóviles/ repiques de sonidos/ siente que el país va a cambiar —sabe cuánto empujó/ para gran lujo de los desmemoriados—/ pretende restablecer olvidos legendarios./ No es ilusa.* Una pasión asordinada, un fuego controlado, se transparenta en esos versos lúcidos y desencantados. El mar, la luz de la mañana, las voces de los niños en la calle, un lejano ruido a madre, contrastan simbólicamente con el *estruendo fanático del siempre*, con ese mundo urbano que la acosa, y se vuelven, más allá de la nostalgia, una apuesta a la vida. Porque *Una mujer/ sonríe a los discriminadores del amor/ recorta y pega/ la flor que le arrancaron./ Puede mirar más lejos. Y mira.*

Rosario Peyrou. En: diario *El País*, Suplemento Cultural Nº 609, Montevideo, 6 de julio de 2001.

Sobre *De sortilegios*

De sortilegios es un hermoso libro de poesía por fuera y por dentro y es el regreso después de varios años de Nancy Bacelo a la edición y a la poesía. Es también la resurrección de un sello memorable, el de Siete Poetas Hispanoamericanos. La poesía ha sido siempre el costado íntimo de una mujer vigorosa para pelear espacios de cultura y para generar movimiento de ideas. Cuando de poesía se trata Nancy Bacelo es otra.

Pocos libros son tan finos, tan bellos o tan originales. Poemas breves, brevísimos a veces, siempre diáfanos e intensos. *Deja caer despacio/ perdiendo así del hilo la estrategia/ y aguántate de toda pequeñez/ la noche pasa.* La reticencia de las palabras permite adivinar algo que esta poesía busca decir sin énfasis. Que no olvidemos que si hay una ética y que está en la belleza de cada acto. Que eso hace a la vida *Más cerca el sortilegio/ de la inmensa aventura.*

Sin datos de autor. En semanario *Brecha*, suplemento El 8, Montevideo, 5 de julio de 2002.

Una voz mágica

Cuando apareció *El pan de cada día* Nancy Bacelo ya era una sólida poeta, una autora definida en plena posesión de una técnica y un estilo, creadora de un verso transparente inclinado al intimismo. El libro, como otros muchos títulos de Bacelo, lograba comunicación directa y proponía no solo el disfrute estético sino el acercamiento a la poesía como a un esencial alimento humano, como un artículo de primera necesidad, un artículo luminoso en una época que aparecía cubierta de oscuridades.

En *De sortilegios* la voz se adelgaza hasta una sutileza sorprendente, y la expresión se despoja de todo aditamento retórico ornamental, de toda adyacencia verbal imprecisa para volverse una esencia donde significativo y significado, donde lo acústico y lo conceptual fluyen en la misma unidad de materia poética, conformando un libro-discurso ineludible en la actual poesía uruguaya.

Es un libro mágico y no solamente por lo que sugiere el título: la magia consiste en poder decir tanto con recursos tan recatados, tan respetuosos, tan afinados que parecen querer borrarse para expresar más, que hacen que algunos elementos omitidos brillen precisamente por ausencia, y ese brillo sigue iluminando los seres y las cosas luego de cerrar el libro, luego de concluir la lectura. Al finalizar, una voz firme y deli-

cadísima se ha instalado en el mundo para desarrollar su magia y disolver toda obviedad, todo malentendido, todo grumo de materia no significativa.

Se trata de un libro mayor de una poeta mayor. Pero sin un solo atisbo de estruendo, sin una sola elevación excesiva de volumen ni la sombra ni el eco lejano de lo que pudiera parecer un grito. Es una poesía suave de desarrollo nítido, sentido hondo y sustrato vital.

Bacelo se mueve con mayor maestría cuando más breve es el texto: alcanza una intensidad de magnitud significativa extraordinaria en los dípticos, donde la exactitud y la belleza se equilibran con la verdad y evidencia de un teorema prácticamente puntual, con la claridad de los términos de un silogismo en que el tercer elemento corre siempre por cuenta del lector, que de ese modo se ve dentro de las líneas del libro, involucrado, en diálogo fluido y nutriente con las voces del texto, respirando y percibiendo sus variaciones tonales, siguiendo sus inflexiones leves, latiendo rítmicamente, al unísono, con el centro de su cuerpo verbal.

Sin retículos, sin rizomas deleuzianos, sin el menor rastro de voluta, espiral o estridencia visual o sonora, los poemas van construyendo una superficie prístina de particular eficacia comunicacional, original e infrecuente, nueva en el panorama uruguayo de estos albores de milenio.

Desde la cita implícita, reflejo transformado o resemantización oportuna del legendario "Ed è subito sera" de Salvatore Quasimodo, en exquisito despliegue intertextual del díptico: *Pequeño atardecer/ y ya es de noche* (pág. 10) hasta la serie "Qué?" iniciada en la página 44 y desarrollada en delicados avances que sorprenden y se van volviendo aun más contundentes, se descubren más profundos en las sucesivas lecturas, Bacelo logra hacer de la brevedad un recurso de estilo personalísimo que solo como orientación para el lector podría tener como referencia el logro silencioso (pero más oscuro) de Paul Celan.

Pero no es sólo en el texto ultra corto donde comparecen las maravillas de este libro. En textos más extensos, el trabajo silencioso con la palabra da otro tipo de frutos mágicos que componen otra dimensión de estos sortilegios:

*En algunos festivales ves sentados/ en la misma mesa/ a señoras y señores
que la historia/ se encargará de vestir o desvestir sin lástima./ No verás la verdad
con tanta claridad/ como después que el tiempo afina los clarines/ en los campos
de lucha./ Poco importa. El apuro en quedar/no cuenta en los relojes/ sino en el
silencio del que atraviesa/ desnudo con su luz en medio de la multitud/ y se es-*

*cabulle para que el ruido/ no estorbe la maravilla de su música/ que maneja
como un astronauta/ empeinado en subsistir.* ("Comen/sales", pág.15.)

Por añadidura, la exquisita edición, el color de la tinta, la textura del papel hacen del continente una materia estética disfrutable y necesaria tanto como el contenido, un libro objeto al que hay que acercarse con atención y alegría pura, como a la buena magia.

Rafael Courtoisie. En: diario *El País*, Suplemento Cultural Nº 686, Montevideo, 27 de diciembre de 2002.